

triunfo de su política. Importábale, pues, evitar con cuidadoso esmero que una circunstancia fortuita, cualquiera que fuese, viniera á retardar la evacuación de Méjico. Así, y sólo así se explica que se trocara en timidez, la arrogante, aunque aparatosa, política de Seward.

## VIII

## Las extravagancias del señor Bulnes.

Los infundados ataques al Benemérito de América, contenidos en «El Verdadero Juárez,» acaparando la atención pública, han impedido que ésta se fije en otros de los manifiestos errores en que ha incurrido el anatematizado autor de la obra mencionada.

Es bien sabido que el Sr. Bulnes tiene afán inmoderado de originalidad, aun cuando para lograrla tenga que pregonar positivos absurdos; y es asimismo bien sabido que el Sr. Bulnes, por hacer gala de portentoso ingenio, cae á menudo en extravagancias risibles, que apenas pueden salvar del ridículo su fácil galanura de estilista y su punzante ironía de satírico.

En «El verdadero Juárez» no se menciona un solo verdadero hecho ni se formula un solo argumento que indiquen ó demuestren de parte de los Estados Unidos, fuera de la acción diplomática de Seward, el menor auxilio prestado á nuestra Patria durante la invasión francesa. Aun hay más, el Sr. Bulnes reprocha á D. Benito Juárez que tratara de poner en peligro nuestra independencia, pactando una alianza ofensiva con los Estados Unidos ó formando un Cuerpo de Ejército auxiliar con voluntarios americanos; y, santificando la egoísta política del Ministro de Lincoln y de

Johnson, se atreve á externar la extravagante idea de que el patriotismo mejicano debe levantar altares y rendir fervoroso culto ino á Juárez, sino á Seward!

Como, quien no conozca el libro del Sr. Bulnes ó nuestras «Cartas al Director de «El Tiempo» podría creer que exagerábamos, vamos á reproducir en seguida las palabras del citado señor. Dicen así: «El más grande de todos ellos—los peligros horribles é inminentes que corría la República—era la invasión á México por un ejército oficial ó filibustero ó voluntario norteamericano, para *proteger* á los mexicanos contra los franceses. De este peligro que estuvo á punto de realizarse no nos salvó Juárez; *por el contrario, HIZO TODO LO POSIBLE porque tuviera lugar* y si no lo consiguió después de haber sido firmado en su nombre el contrato con el General Schofield, fué por la resuelta oposición de Mr. Seward. En 1865, la única amenaza seria contra la independencia de México surgía del aturdimiento infantil de Juárez, no obstante su impasibilidad *basáltica*. Mr. Seward dominó como un gigante á los estadistas republicanos en 1865, cuando dijo á D. Matías Romero: «Un ejército francés tiene que salir de México. Uds. con constancia y valor podrían obligarlo á salir en más ó en menos tiempo: pero el día en que un ejército americano de cualquiera clase y con cualquier motivo pise el territorio mexicano jamás lo evacuará.» No cabe duda que Juárez tenía gran empeño en defender la independencia nacional contra la agresión francesa, pero hizo todo lo que era de rigor PARA QUE LA PERDIÉSEMOS CON LOS ESTADOS UNIDOS. Yo no veo gigantesco á Juárez en este asunto, EL COLOSO LO APERCIBO EN MR. SEWARD, y el día que el pueblo mexicano se ilustre, concederá, SI NO UN ALTAR, POR LO MENOS UN SALMO al leal y honrado estadista norteamericano QUE SUPO REPRIMIR los bien intencionados esfuerzos de Juárez PARA PERDER Á SU PATRIA.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «El Verdadero Juárez,» pág. 832.

Marcaremos aquí únicamente, y antes de comentar el párrafo que acabamos de reproducir, la diferencia radical existente entre los pareceres de los Sres. Mariscal y Bulnes, pues mientras que el primero afirma que debemos nuestra independencia al auxilio de los Estados Unidos, el segundo sostiene que la debemos, precisamente, á la falta de ese auxilio.

Ya que hemos transcripto esas palabras del Sr. Bulnes, no podemos dejarlas pasar sin el correctivo correspondiente á la inexactitud de algunos de los hechos que menciona y á lo erróneo de las apreciaciones que formula.

En nuestras «Cartas á «El Tiempo» demostramos ya que el Convenio Schofield-Romero,—base de las inculpaciones del Sr. Bulnes con referencia al indicado segundo cargo—ni llegó á firmarse, ni fué aprobado por el Gobierno, el cual no se limitó á invalidarlo, dejándolo sin su indispensable aprobación, sino que clara, aunque indirectamente, lo desaprobó por su inconveniencia. Esta inconveniencia debióse á que nuestro Ministro en Washington, desobedeciendo las órdenes de su Gobierno, no sólo se extralimitó en sus facultades al pactarlo, sino que contraviniendo abiertamente tres de las principales instrucciones que le habían sido dadas de una manera terminante y expresa, dejó de estipular precisamente las condiciones que imposibilitaban todo peligro para la independencia de Méjico ó de su Gobierno, al formar un Cuerpo de ejército con voluntarios norte-americanos.

También demostramos en las mencionadas «Cartas» que lejos de que Juárez hiciera todo lo posible para provocar el peligro entrañado por la venida á nuestro suelo de un ejército auxiliar norte-americano, tuvo cuidado de tomar las debidas precauciones para evitar todo peligro en el caso en cuestión, al grado de que el Sr. Bulnes, desdiciéndose al contestarnos, llamó *imposibles* las condiciones exigidas, por

Juárez y sus dos únicos Ministros de aquel entonces, para convenir en aceptar los servicios del ejército auxiliar.

Ahora, haremos ver que un ejército norte-americano oficial, como le llama el Sr. Bulnes, ó voluntario—no consideramos el filibustero, porque jamás habría sido admitido—no habría venido á *proteger* sino á *auxiliar* á los mejicanos contra los franceses; puesto que nuestra causa era la del Nuevo Mundo, por lo que debía considerarse á Méjico, y así se la consideró, como el paladín de toda la América. ¡Allí está, comprobando nuestro aserto, el hermoso discurso de D. Ambrosio Montt en que dijera: «México es para nosotros un ejemplo y un principio. Allí luchan la Europa conquistadora y la América independiente, la monarquía y la República!» ¡Allí está la viril frase del Ministro Bruzual dirigida al Presidente Johnson en nombre de Venezuela: «Cuando el Gobierno de los Estados Unidos crea oportuno tomar alguna medida para oponerse á la intervención europea en América, debe contar con que mi Gobierno se pondrá de su parte en paz ó en guerra!» ¡Allí está el Decreto de Colombia declarando á D. Benito Juárez, *Benemérito de América!* ¡Allí están, por último, estas palabras del mismo William H. Seward que cerraban su Nota de 12 de Febrero de 1866, dirigida al Ministro francés, Marqués de Montholon: «En 21 de Junio de 1862, fué autorizado Mr. Dayton para hablar en nombre de los Estados Unidos respecto de la condición de México, en los términos siguientes: «Francia tiene el derecho de hacer la guerra á México, determinando para sí misma la causa que la motive; pero nosotros tenemos á nuestra vez el derecho de insistir en que Francia no debe aprovechar las ventajas que alcance en esta guerra para crear y sostener en México un Gobierno antirepublicano y ANTIAMERICANO!»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Esta Nota puede verse en la «Correspondencia de la Legación, etc.» Tomo VII, pág. 496.

\*  
\* \*

Si el Sr. Mariscal, de viva voz en su Brindis del Auditorium y por boca del Dr. Frías y Soto en «México y los Estados Unidos durante la intervención francesa,» ha considerado el auxilio de la Unión Americana como la causa principal y primera del triunfo alcanzado en la defensa de nuestra Independencia Nacional, el Sr. Bulnes, á su vez, dejándose llevar de su idiosincrático amor á la extravagancia, ha pretendido que la actitud de los Estados Unidos fué la *causa única* del triunfo mencionado.

«Nadie—dice en sus conclusiones—nos ha salvado del Imperio, del mismo modo que nadie ha salvado á la nación mexicana de que *la conquistaran Epaminondas ó Carlo Magno*. Semejante gloria aplicada á Juárez aparece como una de esas *chácharas* de plata ó cobre en los retablos de los santos católicos para probar sus milagros. Los salvadores de las *calamidades imposibles* son ridículos en la fábula é inaceptables en la historia.

«Si los Estados Unidos no hubiesen existido—sigue diciendo el Sr. Bulnes—ó que la guerra civil los hubiera hecho desaparecer sin dejar un vencedor, Napoleón III, sin vacilar, hubiera emprendido la conquista de México y *la habría logrado á gran costo*, pues todos los mexicanos unidos para defender la independencia, no habríamos resistido al empuje de doscientos mil soldados franceses *ó al de todos los que fueran necesarios*. Francia en 1866 contaba con todos los elementos indispensables para conquistar á México, *cualquiera que hubiera sido nuestra resistencia*. La presencia de los Estados Unidos, reconstituídos en inmensa potencia militar, *hizo posible* que Napoleón III pensara en conquistarnos. La conquista de México por Francia *hubiera podido también tener lugar SI LOS ESTADOS UNIDOS HUBIERAN OTORGADO Á NAPOLEÓN SU CONSENTIMIENTO*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «El verdadero Juárez.»—Pág. 829.

Hay una radical contradicción entre los dos párrafos que acabamos de reproducir. Conforme al primero, *nadie* nos libró del Imperio—calamidad *imposible* según el Sr. Bulnes—*nadie*, entiéndase bien. Y conforme al segundo, nos salvaron los Estados Unidos, y *solo ellos*, negando á Napoleón su consentimiento, pues, *si se lo hubieran otorgado*, el César francés habría conquistado á México, *cualquiera que fuese nuestra resistencia*; y, por ende, impuéstonos el Imperio: el suyo propio ó el de Maximiliano, según pluguiese á su caprichosa voluntad, atentoria, en ambos casos, á nuestra nacional Independencia!

A más de la mencionada radical contradicción, abrigan los dos párrafos que examinamos una sarta de absurdos que solo pueden haber nacido de un irresistible afán de originalidad.

Así como no se suman sino cantidades homogéneas, así también no se comparan sino hechos ó intentos análogos. La conquista de Méjico por Carlo Magno ó por Epaminondas, hecho imposible en lo absoluto, no puede compararse con la conquista de Méjico por Napoleón III, hecho de imposibilidad relativa. Ni Epaminondas ni Carlo Magno tenían siquiera idea de la existencia de Anáhuac—el Méjico de entonces—y, en consecuencia, no podían tener *ni el intento* de conquistarlo. Y lo que *no* se intenta, ni puede intentarse siquiera, es imposible, de absoluta imposibilidad, que pueda lograrse. En cambio, Napoleón, sí intentó conquistar á Méjico y trató de lograrlo por medio del Cuerpo expedicionario invasor de nuestro territorio. Esa conquista no era de imposibilidad absoluta, sino relativa, pues suprimiendo la resistencia dictada por el patriotismo mejicano—*único obstáculo* habido de fines de 61 á mediados de 67—habríalalogrado el César francés, siquiera fuese temporalmente. Y no creemos que el Sr. Bulnes lleve sus extravagancias al grado de afirmar que es condición esencial de la conquista, el que ella perdure *por* los siglos de los siglos.

La resistencia nacional debida al patriotismo y encabezada por Juárez, resistencia variable en su fortaleza, pero no en su tesón ni en su continuidad, fragmentariamente vencible pero indomable en su conjunto, fué la que imposibilitó la conquista napoleónica, tendente al establecimiento del Imperio de Maximiliano. Fué, por tanto, el patriotismo mejicano, *Juárez in capite*, quien nos salvó de la conquista napoleónica y del Imperio que era su obligada consecuencia. Y decir, como lo hace el Sr. Bulnes, *nadie* nos salvó del Imperio, como *nadie* nos salvó de que nos conquistaran Epaminondas ó Carlo Magno, es decir simplemente una frase de relumbrón, indigna del talento de S. S.

Dice también el Sr. Bulnes que, en 1866, Francia contaba con todos los elementos indispensables para conquistar á Méjico, *cualquiera que fuese nuestra resistencia*; pero que la presencia de los Estados Unidos reconstituídos en inmensa potencia militar *hizo imposible* que Napoleón pensara en conquistarnos. En 1870, para repeler la invasión de los ejércitos alemanes y defender el territorio patrio, Francia puso en pié de guerra un millón de hombres. Es inadmisibile que, en 1866, Francia hubiera podido levantar ese número de fuerzas para una guerra de conquista, que no interesaba á su patriotismo. Supongamos, sin embargo, que así hubiera sucedido. Ahora bien, en ninguna época, ha podido ninguna nación Europea, emplear su ejército ni la mayor parte de él al otro lado del Atlántico y á dos mil leguas de distancia, debilitándose públicamente y proporcionando la oportunidad de una fácil agresión á sus enemigos encubiertos ó descarados; pero mucho menos Francia en 1866, pues ante el inminente peligro de una guerra con Prusia, no podía emplear en la conquista de Méjico su millón de soldados, ni la mitad, ni la cuarta parte de ellos, ni siquiera los treinta mil que tenía ya en nuestro país: que todas sus tropas juntas aun no llegaban al efectivo de los ejércitos alemanes de

que disponía, incluso el suyo naturalmente, S. M. el Rey de Prusia.

Las consideraciones que acabamos de exponer han ocurrido también, como era natural, á la mente del Sr. Bulnes, quien las presenta, á páginas 592, en términos análogos á los nuestros; pero no han evitado que, al llegar al pasaje que comentamos, S. S. formule una conclusión antilógica, opuesta del todo á sus mismos anteriores argumentos.

«Mr. Seward—dice el Sr. Bulnes en la página citada—calculó bien á su enemigo; Napoleón III *no podía aceptar la guerra*. Francia contaba, es cierto, con una marina poderosa; pero no podía limitarse á la guerra naval siendo el punto en cuestión el sostenimiento del trono de Maximiliano y la ocupación de México por el ejército francés. La guerra en tierra tenía que dar la victoria completa á los Estados Unidos y, para sostenerla, Francia necesitaba comprometer todo su ejército y quedaba desarmada ante las potencias de Europa, que le eran enemigas y ambicionaban la ruina de su poder. ES INDUDABLE QUE SI FRANCIA HUBIERA MANDADO 300,000 HOMBRES Á MÉXICO, para comenzar á resistir á los seiscientos mil de la Unión Americana, EL REY DE PRUSIA SE HABRÍA DIRIGIDO Á PARÍS EN 1866, antes que destruir en Sadowa á las formidables fuerzas de Austria. ESTO LO SABÍA BIEN NAPOLEÓN.»

Además, es bien sabido que Napoleón, para poder cubrir los gastos ocasionados por la expedición de Méjico, tuvo que recurrir á subterfugios engañosos, mediante los cuales aparecía, como empleado en otros servicios, el excedente de esos gastos sobre los créditos votados por el Cuerpo Legislativo; pues, ante lo impopular de la intervención, el autocrático Emperador no se había atrevido á pedir, ó á ordenar, la ampliación de los créditos mencionados. Si tratándose de treinta á cuarenta mil hombres no disponía Napoleón de los recursos suficientes, legalmente autorizados, para atender á los cuantiosos gastos de una guerra tan lejana y tuvo

que apelar á subterfugios engañosos que, por su escasa cuantía, podían permanecer encubiertos, es claro que, tratándose de doscientos mil hombres, ni podía recurrir á subterfugios semejantes, imposibles de ocultar por su cuantía, ni podría hacer que el Cuerpo Legislativo votase los créditos necesarios para una guerra, cuya impopularidad ya no paliaría la mentida declaración imperial de que la Intervención respetaba el libre sufragio del pueblo mejicano.

Estas consideraciones acudieron también á la mente del Sr. Bulnes, como puede verse por estas palabras suyas que copiamos á continuación:

«¿Con qué dinero contaba Maximiliano para sostener sus fuerzas? ¿Con el de Francia? *El Cuerpo Legislativo estaba resuelto á NO DAR UN PESO MÁS, ni el pueblo francés á CONCE- DERLO, ni Napoleón á SOLICITARLO*»<sup>1</sup>

Aunque estas palabras se refieren al sostenimiento de Maximiliano, son aplicables al supuesto caso de la conquista de Méjico por Francia en 1866, ya que para hacer votar por el Cuerpo Legislativo los créditos referentes á la Expedición de Méjico, había sido necesario negar toda intención no solo de conquista, sino de simple desacato á nuestra voluntad nacional.

Admitiremos que Francia—como afirma el Sr. Bulnes—contaba en 1866 con todos los elementos indispensables para conquistar á Méjico, cualquiera que hubiera sido nuestra resistencia; pero, es *indudable*—según lo reconoce el mismo señor—que, por motivos de orden financiero y militar, *no podía emplearlos en dicha conquista*, lo que equivale á no tenerlos. De aquí resulta que S. S., para atribuir á los Estados Unidos el carácter de salvadores de nuestra nacionalidad, ha recurrido á forjar una de esas *calamidades imposibles*, cuyos pretendidos salvadores son—según las mismas palabras de S. S., *irridículos en la fábula é inaceptables en la historia!*

<sup>1</sup> «El verdadero Juárez.»—Pág. 710.

Sobre el deleznable fundamento de la falsa premisa, que presenta á los Estados Unidos como salvándonos con su simple existencia de la conquista napoleónica, asienta el Sr. Bulnes la siguiente errónea afirmación: «Nuestro Ministro de Relaciones *dijo una gran verdad* en su *brindis*, que fué rudamente censurado. *Sin los Estados Unidos*, la resistencia de los republicanos *habría terminado*, si no ante treinta mil franceses, *si ante sesenta, cien ó trescientos mil*. La vanidad de nuestros militares y la nacional no puede sostener con éxito que una nación *de quinto orden* como México en 1867, y *sin orden* respecto á recursos financieros, hubiese podido resistir á la primera potencia militar y financiera del mundo. La historia *tiene que aceptar el brindis del Sr. Mariscal*, si no como una pieza *acabada ó comenzada diplomática*, sí como una *verdad* de salud, de hombre honrado y *sobre todo de ex-Secretario de la Legación de México en Washington*, CUYO PUESTO SE PRESTABA Á LA ESTIMACIÓN CORRECTA DEL PROBLEMA MEXICANO DURANTE LA INTERVENCIÓN.»

Sería cansado é inútil repetir lo que acabamos de exponer respecto á la imposibilidad de que Napoleón enviase trescientos mil hombres á Méjico, imposibilidad reconocida por el mismo Sr. Bulnes. Ahora eliminaremos, por un instante, esa imposibilidad para hacer ver que Francia *con los Estados Unidos*, no sin ellos, acaso habría podido, pero de hecho no pudo, lograr que terminara la resistencia de los patriotas mejicanos.

Hemos probado ya con superabundancia la indebida complacencia tenida con Napoleón por el Gobierno de los Estados Unidos. El Sr. Bulnes lo ha reconocido así de la manera más explícita. Y aun dice, en una de sus naturales extravagancias, á páginas 137 y mencionando lo que—según él—Juárez sabía con toda seguridad en 1861: «Tercero: que había que contar en último caso *hasta con la alianza de los*

*Estados Unidos con Francia*, si oportunamente ASÍ LO EXIGÍA EL EMPERADOR NAPOLEÓN.»

Si el Emperador francés, con solo exigirlo, podía contar en 1861 y 1862—según afirma el Sr. Bulnes—hasta con la alianza de los Estados Unidos en contra nuestra; si contó realmente con su indebida complacencia en esos años y en los de 63, 64 y casi todo 65; si durante ese período tan largo pudo contar con la complicidad y contó realmente con el benévolo disímulo de los Estados Unidos, decir que *sin éstos, esto es*, que, *sin su oposición*, habría terminado la resistencia de nuestros patriotas, es decir á sabiendas una gran falsedad.

Y para que á este respecto no quede la menor duda, vamos á reproducir otras palabras del Sr. Bulnes que tomamos de la página 370 y que confirman el calificativo de «falsedad,» que acabamos de usar: «¿Sin *el auxilio* de los Estados Unidos, *hubiera sucumbido* la resistencia? NO, porque Juárez contaba con otros aliados *tan poderosos como los Estados Unidos*, que le hubieran hecho *obtener el triunfo*.»

Ya que el Sr. Bulnes es tan afecto á la paradoja, bien pudo decir que *sin los intrigantes mejicanos*, que engañaron á Napoleón haciéndole creer que la expedición de Méjico sería un simple paseo militar y que los cuarenta mil hombres enviados á nuestro suelo, eran sobrados para vencer la resistencia de los *disidentes*; bien pudo decir, repetimos, que, sin los intrigantes mejicanos, esto es, sin su fatal engaño, Napoleón habría mandado trescientos mil hombres, ante los cuales habría terminado la resistencia de nuestros patriotas. Y en seguida, al amparo de semejante paradoja, expresar la esperanza de que el día en que el pueblo mejicano *se desbarbarice*, concederá «si no un altar, al menos un salmo,» á aquellos traidores que lanzaron contra nuestra Patria—habría que confesarlo—á los soldados extranjeros... pero en número insuficiente!

En cuanto á la apreciación del Sr. Bulnes respecto al